

POR UNA INTEGRACIÓN SIN MUROS

Camilo Castellanos
Coordinador Regional,
Plataforma Interamericana de Derechos Humanos, Democracia y Desarrollo

Contribución para el taller “las migraciones en las Américas”, Foro Migraciones de la FIDH, abril 2007-05-07

El tratamiento que en nuestros días están recibiendo los migrantes en todo el mundo está revelando la terca pervivencia de rancios atavismos. El “otro”, el diferente genera recelo, desconfianza y temor de que constituya una amenaza. Por eso acostumbramos encerrarnos en el círculo de los conocidos.

Pero si el privilegio se rodea de pobres, nos cercamos con vigilantes que nos cuidan el sueño, de perros que ladran a las sombras, de rejas, alarmas y circuitos cerrados de televisión.

Es la misma reacción de las naciones que crean vallas tecnológicas y alambradas de normas, cuando no murallas para que no ingresen los indeseables, los parias privados de todos los derechos, incluida la elemental aspiración de escapar del cerco de la miseria, mientras los incluidos pueden andar por el mundo como por su casa.

La Tierra se está llenando de muros de ignominia, en las dependencias africanas de España, en Palestina, en la frontera de Estados Unidos y México. Es la recreación del apartheid a escala planetaria.

Les proponemos recorrer esta última obra de la ingeniería en su diligente construcción, examinar las motivaciones de un lado y otro de la frontera, caminar por el horizonte de sus previsibles implicaciones.

En octubre de 2006, el presidente de los Estados Unidos firmó la resolución 6061 que dio la largada para erigir un muro de más de mil kilómetros a lo largo de la frontera entre México y Estados Unidos. Previamente lo habían autorizado las mayorías del senado y la Cámara de su país.

La historia no empezó con la resolución 6061. Ya a finales de los años 80 se habían instalado las primeras vallas en California, para controlar el paso de vehículos. La crisis de 1986 con la secuela de desempleo y miseria desató una avalancha de trabajadores al suelo estadounidense. Había que contenerla, por lo que en 1994 se lanzó la Operación Guardián que previó un muro de 73 kilómetros entre Tijuana y San Diego, para frenar el ingreso de ilegales a California. Contaba además con más de 1800 vehículos y la tecnología de punta para detectar movimientos de personas y complejos sistemas de comunicaciones. Pero, si una vela se te apaga otra se vuelve a prender, como dice la cumbia. Y las rutas se movieron para Arizona, Nuevo México y Texas, por lo que en estos estados también se recurrió a tramos de muro y a operativos similares a los californianos como el ABC (“Control de la frontera de Arizona”) en los que ahora se empleaban aviones espías dirigidos a distancia.

Pero un poco antes habían ocurrido los atentados del 11 de septiembre y los Estados Unidos convirtieron la frontera en asunto de seguridad nacional. En 2002, se comprometió a Canadá y México en el Acuerdo de Fronteras Inteligentes que contemplaba el intercambio de información para el control del tránsito de personas por vía aérea, del tráfico de contenedores y el desarrollo de tecnología para la seguridad de la frontera. El pánico llevó en 2004 al Minuteman Project (2004), centenares de voluntarios civiles dedicados a la caza de migrantes, como en el siglo XIX se cazaban bisontes. Por el mismo año se acordó la militarización de la frontera. No bastaba el incremento en miles de la Patrulla Fronteriza. En 2006 la gobernadora de Arizona, Janet Napolitano, reclamaba castigar penalmente a los *coyotes* —traficantes de migrantes— y a quienes dieran empleo a los trabajadores ilegales.

Tres objetivos se propone el Muro entre Estados Unidos y México que propone la resolución 6061: Salvaguardar la seguridad de la nación. Combatir el tráfico de drogas. Contener la inmigración ilegal.

Convengamos en que el primer propósito es serio. ¿Puede pensar alguien con sensatez que sea posible evitar el ingreso de terroristas una valla que deja desguarnecidos dos mil kilómetros? Está demostrado que los terroristas del 11 de septiembre no entraron como ilegales, y está por demostrar que entre septiembre del 2001 y el día de hoy haya entrado terrorista alguno por esta frontera. No parece el muro “el recurso” que garantice la seguridad nacional.

Aceptemos que el segundo propósito sea verdadero. Hasta ahora el tráfico viene haciéndose tanto por aire en pequeños aeroplanos, igual que por mar en lanchas rápidas y en los contenedores de grandes embarcaciones, como “legalmente” por tierra. Los traficantes tienen contactos de alto nivel y mucho dinero para sobornar.

Pero además son tremendamente recursivos. En la segunda quincena de 2006, se descubrió un túnel que burló el muro y al que no detectaron los más sofisticados recursos: esta obra de ingeniería tenía más de un kilómetro, había sido construido a 26 metros de profundidad y tenía metro y medio de altura. Se calcula que su construcción demoró más de un año y contaba con sofisticados sistemas de ventilación e iluminación. No pudieron detectarlo porque había sido construido entre dos bodegas en una zona de altísima circulación de vehículos de carga.

Quizás mientras haya demanda, habrá siempre recursos para la imaginación de quienes se lucran con la oferta. No parece el muro la garantía en el combate al narcotráfico.

Acaso el objetivo verdadero sea el tercero. Contener la legión de pobres que desde el Sur busca un hueco, cualquier hueco para colarse al sueño americano. El hecho es que la situación social al Sur del río Grande es cada vez peor. El empleo escasea y cada día es más precario. En el peor de los casos al trabajador indocumentado se le paga la mitad de lo que gana un norteamericano en la misma función y, con todo, esta paga es tres veces mayor que el promedio de lo que se ganaría en el país de origen.

El hecho es que los muros no han podido contener las ganas de vivir. A un muro, miles de huecos; a ruta detectada, nuevas rutas. Abierta y porosa es la frontera. Si del lado mexicano hay montañas, del estadounidense hay desiertos. Pero se atreven a cruzarlos pese a que lo desconocen, no saben de cargar agua para la larga travesía, ni están

preparados para los abruptos cambios de clima que matan por insolación o hipotermia. Se estima que entre 1994 y finales de 2005 se estima que 3.400 migrantes han dejado su vida en el cruce de la frontera. Con riesgo cierto de su propia vida y con alta improbabilidad de triunfar, pues de dos millones de trabajadores cruzan la frontera para asegurar algún futuro para sí y para los suyos, tres cuartas partes fueron deportados en los últimos años. Saben que en caso de coronar su esfuerzo recibirán mal trato y les pagarán barato, pero van por hambre no por gusto.

Pero si a una parte de la opinión norteamericana le gustan los muros, a otra parte le gusta más el trabajo barato. Once millones de trabajadores ilegales son un pilar fundamental de la economía estadounidense de nuestros días. De ella dependen, en buena medida, la agricultura --especialmente la cosecha de frutales-- y la industria de la construcción y la hotelería. Renunciar al trabajo ilegal podría hacer colapsar la economía, expresó un empresario estadounidense.

Este pragmatismo contrasta con la visión de Samuel Huntington, el mismo fabulador del choque de civilizaciones, que considera el peso creciente de la población latina, predominantemente de origen mexicano, el principal desafío a la identidad estadounidense. El peso creciente del habla castellana, el terco persistir en prácticas de su cultura de origen --legitimadas con los postulados liberales de la ciudadanía multicultural de algunos círculos políticos y académicos-- en su opinión amenazan el núcleo blanco, anglo y protestante, esencia de la nación. Por esto, más que por la amenaza terrorista, la cuestión migratoria es para los sectores conservadores, hoy en el gobierno, asunto de seguridad nacional. Razón por la que no ahorran recursos para eludir el peligro: la progresión es casi geométrica: 580 millones de dólares anuales en 1990; 910 en 1991; 2.308 en el 2000; 5.000 millones de dólares en 2005.

Debe recordarse que en ningún momento concertó con su socio mexicano en el Tratado de Libre Comercio de América del Norte la construcción del muro. En su momento, el gobierno de Vicente Fox presentó una protesta diplomática divulgada a través de los medios. Decía: "...esta estrategia no sólo perjudica las relaciones entre ambos, sino que además no detendrá la migración ni garantizará la seguridad regional... la serie de bardas que estados unidos planea erigir en la franja fronteriza constituyen una señal de desconfianza, y esta nunca será la base de la amistad entre dos pueblos". Luego de esta parrafada encendida, la diplomacia ha sido más que tibia, tullida. No le importa tanto la suerte de los migrantes, como que son un válvula para las tensiones de la sociedad mexicana y sobre todo el flujo de remesas que son el segundo renglón de ingresos.

Por ello, crece la indignación en la comunidad latina que reclamó sus derechos de ciudadanía el pasado Primero de Mayo a través de multitudinarias movilizaciones en las principales ciudades de los Estados Unidos, que se expresó en las pasadas elecciones al Congreso en rechazo a la política actual y que sin duda pesará decisivamente en las próximas elecciones presidenciales.

Esta es la fuerza que junto con los demás trabajadores y toda la gente buena que abunda en los Estados Unidos puede hacer que este país se reencuentre con lo mejor de su tradición democrática. Un proceso que es preciso apoyar y estimular porque en él se juega la suerte de millones de latinoamericanos.

La actual política de fronteras agenciada por el gobierno de los Estados Unidos discurre en contravía incluso del enfoque predominante en materia de integración. En cambio de desarrollar una frontera binacional, abierta, con flujos de población regulados, se erige una frontera cerrada que obstaculiza la libre circulación de bienes y personas. En lugar de avanzar hacia una política concertada que parta de la existencia de un mercado laboral transfronterizo para definir mecanismos de regularización de la fuerza de trabajo y de los flujos de población, unilateralmente se refuerzan mecanismos policíacos y de control represivo.

Se argumenta desde la actual administración estadounidense que su política migratoria es cuestión de soberanía. Que no existe ningún derecho humano que garantice entrar ilegalmente a otro país. Que la frontera se ha convertido en un campo de desmanes de narcotraficantes y coyotes. Y si todo esto puede ser cierto, no es menos cierto que el flujo migratorio de trabajadores de México y Centroamérica hacia los Estados Unidos es producto de la falta de oportunidades y del hambre, una resultante de la ausencia de futuro, de la que se lucran los traficantes de la muerte y del sufrimiento innecesario, los coyotes, los empresarios de la seguridad y los políticos insensibles entre otros. La migración de los pobres es cuestión de humanidad.

Frente al proyecto de integración en torno al libre comercio y la seguridad de los inversionistas, es urgente levantar un proyecto de integración que ponga por delante los intereses y los derechos de la gente, en el la pobreza no obligue a emigrar y por ello exista el derecho a no emigrar, pero también se asegure el derecho a migrar si así se considera conveniente.

Por ello que algunas redes y organizaciones de la región –incluidas algunas ligas de la FIDH de la región— nos proponemos desarrollar en el mes de julio una jornada continental por una integración sin muros. Por una integración sin coyotes, sin empresarios de la seguridad sin políticos que se lucren del sufrimiento ajeno. Los invitamos a hacerse parte de este esfuerzo.